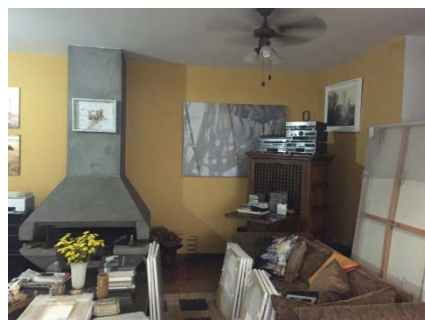


Bitácora 13, viernes 1 de abril de 2016

Me encuentro con Corina Briceño una de estas tardes de inicios de abril caluroso en Caracas. La dura época de sequía hace estragos y la ciudad luce mustia; parece un guiño a la situación del país. Nos reunimos en su casa-taller ubicada al sureste citadino, rodeada de un hermoso jardín que como en el resto de la ciudad, añora la llegada del vital líquido. Su dueña luce preocupada por las lánguidas flores de capacho y las secas bromelias que nos dan la bienvenida. Como todos, espera la llegada de estas lluvias que apenas se asoman como un dejo en este cielo blanquecino, que desde hace días hace sombra en nuestras vidas.

El compartir con una artista como Corina Briceño (Caracas, 1943), resulta estimulante. Ella tiene el don de la bonhomía, del saber estar. Esta caraqueña, es una mujer de hablar apacible, con una divertida conversación y ávida de compartir experiencias en las que se mezclan vivencias familiares, desde muy temprano en su infancia. Su historia personal es una impronta indeleble en su obra, siempre ligada a los afectos. Es de esas personas suaves, tranquilas, pero muy vital. Me sorprende gratamente su interés por la tecnología, y de cómo ha ido adaptándola a su trabajo. Desde hace ya algunos años, la fotografía y el video se hicieron presentes y su ojo avezado ha sabido captar imágenes de gran contenido poético.

Corina siempre tuvo una cámara en sus manos. Me confiesa que de pequeña su papá le regaló una, cuando tenía 7 u 8 años. Le encantaba fotografiar situaciones familiares o aquello que su ojo de niña inquieta escudriñaba. Su vena artística ya se asomaba. Siendo una adolescente tomó clases de dibujo y pintura con Pedro Centeno Vallenilla, quien le enseñó el sentido de la proporción. Luego, los años en la Cristóbal Rojas y posteriormente en el CEGRA y el TAGA completarían la etapa formativa de la artista. Su incursión en la



fotografía y el uso de ella como apoyo a su obra pictórica lo hizo de manera consciente a mediados de los 70 cuando comenzó a plasmar paisajes urbanos cenitales que después pintaba. Luego en la década de los 80, formalizó su educación en esta rama del arte. Y ya nunca más se separó de esta otra gran pasión.

Su amor por el paisaje -antes urbano, luego a cielo abierto y en exteriores selváticos para retornar a lo urbano con vistas que pertenecen al imaginario popular- así como la inserción de la figura humana dentro del mismo, ha sido una constante, y es que la artista es consecuente en su temática. Sus lienzos, obra en papel, fotografías intervenidas, collages -y más tarde sus videos proyectados sobre pintura- constituyen un sólido cuerpo de trabajo en el que el paisaje se decanta en objeto de estudio, se fragmenta, se fotografía, se interviene, se interrumpe, se desdibuja, se desvanece, se diluye... y la figura humana casi siempre está allí...o la esencia de la misma.

Briceño, excelente dibujante, es una investigadora, una observadora de la vida y sus procesos. Tiene un exhaustivo registro de la selva amazónica como en su momento lo hicieran los pintores viajeros de siglos pasados, cuando se internaron por el territorio inhóspito de esta vasta tierra. Sus innumerables viajes por un periodo de 15 años -a mediados de la década de los 80 y hasta el año 2000, aproximadamente- y su acercamiento a las culturas yekuana y yanomami, han nutrido de una manera muy rica la obra de este período.

Su discurso plástico coherente y sostenido en el tiempo, se ha nutrido del día a día, sin abandonar elementos y símbolos incorporados como la ventana

-ese pequeño recuadro que puede estar ubicado en cualquier lugar de la obra y a veces



perceptible o no a la vista del lector–; o la fotografía como elemento que da continuidad a la expresión pictórica; o la escalera yekuana, –que tanta presencia tuvo en las obras de fines del s. XX y aún las de principio de este siglo símbolo



de la comunicación entre el individuo y el cosmos, o la ascensión a los cielos, de los espíritus a la espera de regresar a este mundo. O la incorporación de textos encriptados o no –algunos



en alemán o en castellano antiguo, como en el caso de la utilización de mapas superpuestos en obras pasadas y más recientemente con la palabra aislada–. Todo ello interviniendo planos, superponiendo medios expresivos, con la intención de entablar una comunicación otra, con el espectador.

Recientemente en marzo de 2016, su muestra individual *125 Flores* refiere al tema sensible de la violencia en el país. Su diario transitar por la Caracas de rostro rudo –donde el terror tiene olor a muerte– la perturbó durante un tiempo, pero su tenacidad la hizo enfrentar el reto de un proyecto que aunque desgastante emocionalmente, se convirtió en un *corpus* de trabajo sutil, estéticamente hermoso; callado pero determinado a la denuncia, a la protesta desde la poética de la mirada; un homenaje a quienes ya no están entre los vivos de esta urbe.



Un número determinado de víctimas que habían ingresado a la morgue de la ciudad durante un tiempo en 2014, fueron la motivación de una propuesta fotográfica/pictórica de impecable factura, donde el silencio pareciera un murmullo a gritos por parte de quienes ya no tienen voz. Y es que en cualquier lugar calle, esquina, plaza o unidad de transporte público, en las interminables líneas del tránsito, se





puede enfrentar la muerte de manera feroz. Las flores (cayenas, malabares, capachos, rosas, lirios), 125 hasta ahora, de un total de 390, están diseminadas en las fotografías de esta gran ciudad de habitantes atemorizados.

Corina Briceño es una venezolana que siente amor infinito por su país, un respeto por su flora y fauna, selvas, ríos y tepuyes; sus habitantes, costumbres y tradiciones. Una mujer positiva y motivada por lo cotidiano, aun cuando en un momento determinado, ello le produzca profundo dolor. Dolor convertido en poesía visual.



Lieska Husband Sosa

Imágenes:

Lieska Husband S.

<http://www.beatrizgilgaleria.com/obras-en-catalogo/corina-briceno-pintura-fotografia>

Video:

Lieska Husband S.